

El pequeño texto al que haré referencia en estas líneas surge de la recepción española de la obra de una interesante e influyente pensadora norteamericana, Carol Gilligan, catedrática de Humanidades y Psicología Aplicada en la Universidad de Nueva York. Más en concreto, es la Fundació Víctor Grifols (que viene desarrollando desde hace años una importante tarea de mecenazgo cultural, sobre todo en torno a la bioética), quien publica en su Cuaderno nº 30 el fruto de las “Conferencias Josep Egozcue”, centradas en la obra de Gilligan y celebradas en Barcelona en abril de 2013. Este cuaderno consta de dos breves textos ofrecidos por la autora (*El daño moral y la ética del cuidado* y *La resistencia a la injusticia: una ética feminista del cuidado*), precedidos de un prefacio de Victoria Camps y seguidos por las conferencias, a modo de respuesta a las conferencias de Gilligan, pronunciadas en la mesa de debate por parte de un profesor y una profesora de sociología, y una profesora de enfermería.

La aportación esencial de Carol Gilligan, basada fundamentalmente en las tesis sobre el desarrollo psicológico femenino que presentó en *In a different voice* (1982), es haber abierto una nueva línea de pensamiento feminista, que ha ido desembocando, entre otros aspectos, en una propuesta ética original: la ética del cuidado. En palabras de Camps, “con la invención de la ética del cuidado, Carol Gilligan ha conseguido dar un giro al marco conceptual del patriarcado y diseñar un nuevo paradigma que ensancha el horizonte de la ética y de la democracia” (p. 7). Ciertamente, esta noción de patriarcado aparece en el texto como una de las piedras de toque de la necesaria transformación social que la autora propone. Partiendo de la premisa de que el patriarcado “es incompatible con la democracia” (p. 21), Gilligan afirma que la única vía de solución es la capacidad para establecer nuevas relaciones entre las personas, que no estén sujetas a las normas dictadas por el juego de roles tradicional entre los sexos, sino que estén basadas en el amor, pues sólo éste “es la fuerza con el poder de desequilibrar el orden patriarcal” (p. 29).

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

CAROL GILLIGAN, *La ética del cuidado*, Cuadernos de la Fundació Víctor Grifols i Lucas, Barcelona, 2013, 113 pp. ISBN 978-84-695-8257-2



Palabras clave:

ética
cuidado
democracia
feminismo
mujeres
patriarcado



Se trata de un modelo relacional alternativo que podría surgir de la toma en consideración del cuidado como uno de los ejes fundamentales de la actividad humana, sacándolo fuera de la exclusiva competencia de las mujeres. Si hasta ahora, en un marco patriarcal, las actividades de cuidado se han considerado femeninas casi unívocamente, nuestra autora afirma que va llegando el momento de extenderlas como parte de la base ética de comportamiento deseable en una sociedad democrática. En opinión de Gilligan, es muy destacable, en este sentido, la relevancia de las mujeres (y de sus actividades) como indicadores del nivel de calidad de una sociedad democrática, pues “la situación de las mujeres marca la dirección en la que sopla el viento” (p. 31). Su obra se entronca así con un feminismo que se muestra como un modelo de pensamiento crítico incluyente, en el que toda persona puede participar; un feminismo que es visto como “el movimiento que liberará a la democracia del patriarcado” (p. 31).

En mi opinión, hay que reconocerle a Gilligan que, más allá de que las amplias metas a las que hacía referencia Victoria Camps hayan sido conseguidas por sus contribuciones, ha logrado algo que no es frecuente y sí muy necesario: atraer la atención del pensamiento hacia algo tan cotidiano y tan aparentemente banal como el cuidado.

Leer las propuestas que se van publicando sobre el cuidado, entendido en su sentido más amplio por Fisher y Tronto como “una especie de actividad genérica que incluye todo lo que podamos hacer para mantener, perpetuar y reparar nuestro mundo de forma tal que podamos vivir en él lo mejor posible” (p. 73), debería ser prácticamente obligatorio dentro del mundo de los cuidados profesionales. Este engloba a una serie de disciplinas que son el fruto del lento reconocimiento social de tareas informales tradicionalmente desempeñadas por mujeres, como es el caso de la enfermería o el trabajo social, que tienen el cuidado como fundamento explícito de su actividad profesional. Para los participantes de este ámbito es básico, aunque por desgracia no sea frecuente, contrastar sus prácticas con los conceptos teóricos que les dan sentido, pues, solo este esfuerzo permitirá encontrar la plenitud de

«La aportación esencial de Carol Gilligan es haber abierto una nueva línea de pensamiento feminista, que ha ido desembocando, entre otros aspectos, en una propuesta ética original: la ética del cuidado»

la actividad realizada al ponerla en relación con el objetivo que persigue, así como abandonar costumbres y rutinas ineficaces y, muy a menudo, dañinas.

En lo que concierne al trabajo de enfermera, que es el que conozco por mi labor profesional como matrona, la pregunta por los fundamentos conceptuales de los cuidados que realizamos brilla demasiado a menudo por su ausencia y me atrevería a afirmar que, de hecho, la carencia de un modelo teórico sobre el cuidado actualizado y, a la vez, comprensible y aplicable, es una de las principales lacras de la enfermería española. Es cierto que hay intentos por avanzar en este sentido, como vemos en la rama de la Medicina Basada en la Evidencia, que está intentando realizar este contraste entre prácticas y conceptos teóricos. Pero lo hace con un matiz claramente cuantitativista (como señala acertadamente M. Eulàlia Juvé, p. 101) que deja fuera una parte inmensa de los factores que influyen en el cuidado y que no son fácilmente medibles, por ser relativos a relaciones de poder, a la dinámica motivacional de los profesionales, etc. Por eso me parece tan interesante leer a Gilligan y a cualquier otra persona que se atreva a pensar el cuidado y no solo a gestionarlo, porque la crítica que viene de su obra no es de tipo práctico, sino conceptual; porque reconoce, como dice Lluís Flaquer, que “el cuidado es también un valor” (p. 75).

Pero, más allá de las mujeres y los hombres que hacen del cuidar su profesión, ¿qué interés tiene para el público en general la lectura de la obra de Gilligan y de los ecos que ésta va suscitando en nuestro país? Creo que, principalmente, participar de la necesaria reflexión sobre algunos conceptos clave de nuestra sociedad, como democracia, empatía, amor, ética, feminismo, confianza y cuidado.

El mérito de Gilligan aquí, no es tanto la elección de estos conceptos concretos, como el modo de presentar su entrelazamiento como condición *sine qua non* para poder pensarlos adecuadamente. La descompartmentalización metodológica y conceptual que pone a jugar, junto a la democracia y el amor, la confianza y el feminismo, o la ética y el cuidado, forma parte de una sana tradición americana en la que podría incluirse también a autores como Thoreau y Stanley Cavell (¿cómo no leer la magnífica *Ciudades*

«Gilligan ha logrado algo que no es frecuente y sí muy necesario: atraer la atención del pensamiento hacia algo tan cotidiano y tan aparentemente banal como el cuidado»

«Al unir en estrecha relación el cuidado con la ética, Gilligan realmente cambia el punto de vista desde el que contemplamos ambas cosas y consigue hacer ver, como dice V. Camps, que “el cuidado y la asistencia no son asuntos de mujeres, sino intereses humanos”»

de palabras, como una posibilidad complementaria de la reflexión feminista de Gilligan acerca del modo que tenemos de convivir mujeres y hombres en nuestra sociedad actual, acerca de “las batallas sobre las leyes del amor?” p. 14).

Es precisamente esa mezcla de conceptos la que permite que todas y todos participemos, con nuestro particular bagaje histórico, en la dilucidación del modo en que deben combinarse armónicamente para dar lugar a una sociedad habitable por todas y cada una de las personas que la integran. Contribuye no poco a este objetivo situar en el lugar central el tema del cuidado, que nos involucra a todos, sea como proveedores activos o como receptores pasivos de los mismos, intercambiando evolutivamente estas posiciones a lo largo de nuestras vidas. Al unir en estrecha relación el cuidado con la ética, Gilligan realmente cambia el punto de vista desde el que contemplamos ambas cosas y consigue hacer ver, como dice V. Camps, que “el cuidado y la asistencia no son asuntos de mujeres, sino intereses humanos” (p. 8).

Tras la lectura de este cuaderno, me queda la convicción de que el discurso de y sobre Gilligan se mueve en un contexto lingüístico a la vez importante y asequible para muchas personas, hombres y mujeres, que están necesitados de nuevas brújulas con las que orientar su acción. Por eso la obra de Gilligan puede formar parte con justicia de las lecturas de quien quiera para sí una vida filosófica, pues, como nos recuerdan cada día los antiguos, la principal función de la filosofía es enseñar a vivir.

Juan Diego González Sanz